

**SECCIÓN TEMÁTICA
MISCELÁNEA BÍBLICA**

El discipulado post-pascual

GONZALO BRAVO ÁLVAREZ

Pontificio Seminario Mayor San Rafael (Chile)

padregonzalo@yahoo.es

Resumen

El presente artículo se propone demostrar, a partir de los evangelios sinópticos, que el modelo tradicional de discipulado no se da totalmente en los discípulos de Jesús. Tal constatación rige, al menos durante su vida terrena antes de su resurrección; en cambio, sí se pueden observar notas de discipulado en otros personajes cuando se relacionan con Jesús. En esta perspectiva, y al contrario de la actitud que mantuvieron los discípulos cuando abandonaron y huyeron en el Getsemaní, se desea destacar el rol activo que cumplirán los discípulos en la misión que Jesús les vuelve a confiar en Galilea, una vez que haya resucitado. Este discipulado, que podríamos denominar post-pascual, no se basará en una prometida y fallida fidelidad de los discípulos a Jesús, sino en la permanente y restauradora fidelidad de Jesús para con los discípulos.

Palabras clave: discipulado, discipulado post-pascual, evangelios sinópticos, vida terrena, resurrección.

Abstract

This article aims to show, from the synoptic gospels, that the traditional model of discipleship is not entirely present in Jesus' disciples. This observation applies, at least during his earthly life before his resurrection; instead there are notes of discipleship in other characters related to Jesus. In this perspective, and contrary to the attitude that disciples kept when they abandon Gethsemane and fled, it would highlight the active role that will play the disciples in the mission that Jesus trusted them again in the Galilee, once he has resuscitated. This discipleship might be called post-Easter season which is not based on a failure and promised fidelity to Jesus' disciples, but in the permanent and restorer fidelity to Jesus' disciples.

Key words: discipleship, discipleship post-Easter season, synoptic gospels, earthly life, resurrection.

Sacerdote de la diócesis de Valparaíso. Ingeniero Civil por la Universidad Técnica Federico Santa María (Valparaíso). Realizó estudios bíblicos en Jerusalén y en Roma. En la Pontificia Universidad Gregoriana de esa ciudad, y bajo la guía del Prof. Dr. Klemens Stock, S.J., obtuvo el grado de Doctor en Teología Bíblica con la tesis *La relación de Jesús con los pecadores en el evangelio de Marcos*. Actualmente, es Párroco de la Parroquia El Salvador del Mundo, La Matriz, de Valparaíso. Desempeña su actividad docente en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y en el Pontificio Seminario Mayor San Rafael.

Introducción

En los evangelios sinópticos la actitud de los discípulos en relación a Jesús no deja de sorprender. Si se analizan algunas palabras claves, uno se da cuenta que el modelo tradicional de discipulado, que contiene al menos cinco parámetros (alguien por quién viene especialmente Jesús, que tiene fe en él, que reconoce públicamente su identidad, que escucha y que va hacia Jesús sin que éste lo llame), no se da precisamente en los discípulos de Jesús, durante su vida terrena antes de su resurrección.

Sin detenerse a describir algunas características *a priori*, este artículo persigue mostrar que los discípulos¹ no demostraron, antes de la resurrección de Jesús, las notas distintivas antes nombradas; en cambio, sí lo hacen otros personajes cuando se relacionan con Jesús. En esta perspectiva, pero en sentido contrario, también se desea destacar el rol activo que los discípulos, los mismos que abandonaron y huyeron en el Getsemaní (cfr. Mc 14,50), cumplirán en la misión que Jesús les vuelve a confiar en Galilea² una vez que ha resucitado. Esta actitud, que podríamos denominar «post-pascual», será determinante para cada uno de nosotros, ya que somos, al menos cronológicamente, discípulos post-pascuales; esperamos también serlo actitudinalmente.

¹ El concepto «discípulo» en los sinópticos tiene, en cuanto a su extensión, diversos alcances. En Mt, por ejemplo, el término asume un sentido amplio e inclusivo (cfr. Mt 5,1-2; 8,21; 14,49-50). Mc, por su parte, hace la distinción entre los discípulos y la muchedumbre; por ejemplo, Mc 3,7; 5,31; 6,45; 8,1.6; 10,46. De hecho, para con los discípulos, Jesús tiene un trato especial, explicándole las cosas íntimamente: Mc 4,34; 7,17; 9,28. La diferencia entre Mt y Mc se comprende mejor cuando se compara Mt 16,24 con Mc 8,34; Mt alude sólo a los discípulos y Mc detalla «multitud y a sus discípulos». Lc, por su parte, también amplía la concepción de los discípulos a personas que pertenecían al grupo de los adeptos a Jesús; por ejemplo, Lc 19,37.39. Más ordenado parecen ser los «tres grupos» a los que se refiere Lc 6,13.17: una gran masa de personas, una gran multitud de discípulos y, finalmente, el círculo de los Doce. Con todo, tal como sostiene P. NEPPER-CHRISTENSEN: «μαθητής», *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento* (en adelante, *DENT*), II, 117, en este artículo se debe entender que «en la inmensa mayoría de los casos, el término μαθητής se reserva para el grupo íntimo en torno a Jesús».

² Esto sucede, tanto en Mc como en Mt. En cambio, en Lc nada se dice del encuentro en Galilea. En éste último, todo lo referente a Jesús resucitado acontece en Judea.

1. El «discipulado» de otros personajes, fuera de los discípulos, en los sinópticos antes de la resurrección

Tomando en consideración los cinco criterios del discipulado antes mencionados, se revisan algunas expresiones en los evangelios sinópticos. Es notable lo que se descubre. Veremos de qué modo Jesús encuentra una disponibilidad a acoger su persona y su mensaje en quienes no eran, precisamente, de su entorno más estrecho. Éstos también pasan a definir la misión de Jesús, la cual no es restrictiva al grupo de los Doce, sino que se hace extensiva a todos los que toman contacto con él. Para muchos, la relación que establece Jesús con sus discípulos antes de su resurrección ha pasado a ser 'el paradigma' de todo discipulado. Pero, desde el punto bíblico, esto tiene sus matices.

En primer lugar, en los sinópticos, *nunca se dice que Jesús venga por o para los discípulos*. El verbo «ir-venir», en su forma aoristo (ἦλθον) puede definir el objetivo de la misión de Jesús³; él mismo en Mc 2,17 sentencia: «Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos; no vine a llamar a justos, sino a pecadores». En el texto paralelo de Mt 9,13, se lee: «porque no vine a llamar a justos, sino a pecadores»; a su vez en Lc 5,32: «No he venido a llamar a justos, sino a pecadores a la conversión». De este modo, desde el inicio del evangelio de Mc, lo que es asumido en Mt, se entiende que la relación que Jesús establece con los pecadores es fundamental en su «venida». Los pecadores no constituyen «otro grupo» con los cuales se relaciona Jesús, sino que, precisamente, por quienes Él viene. Incluso, al final del *Benedictus* (Lc 1,68-79) se nos dice «el para qué» de la visita del sol que nace de lo alto (Jesús): «para iluminar a los que viven (καθημένοι: están sentados) en tiniebla y en sombra de muerte» (Lc 1,79). Al igual que en las citas arriba aludidas, el *Benedictus* da un carácter programático a la venida de Jesús en relación con los pecadores⁴.

³ Tal como sostiene E. ARENS: *The HLQON Sayings in the Synoptic Tradition. A Historico-Critical Investigation*, Orbis Biblicus et Orientalis 10, Göttingen 1976, 54-55.63, el primordial sentido de ἦλθον + verbo infinitivo puede ser expresado por: «mi propósito», «mein Lebensberuf». El mismo autor añade que, dicho por Jesús, podría significar: «mi misión dada por Dios es». Claramente no se trata de una frase más del evangelio de Mc; al comienzo del mismo, y en relación con los pecadores, es claro el carácter programático del enunciado en Mc 2,17 y par. Por su parte, U. LUZ: *El evangelio según San Mateo, I*, Salamanca 2001, 330, a partir del comentario de Mt 5,17, sostiene que «la frase ἦλθον es una misión especial de Jesús».

⁴ Tal como afirma J. A. FITZMYER: *El evangelio según Lucas, II*, Madrid 1987, 189-190, los destinatarios de la acción son los pecadores, a quienes se les anuncia el perdón. Para San Pablo, «Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rm 5,8); más explícito es 1Tim 1,15: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores».

Esta constatación es de primer orden de importancia, toda vez que no se trata que Jesús haya venido «más por los pecadores que por los justos», sino, como adecuadamente destaca U. Luz, se trata de una «verdadera antítesis»⁵ respecto a los supuestos destinatarios: Jesús viene por aquellos que están lejos de la comunión con Dios (los pecadores) y no por lo que creen estar cerca (los justos).

De lo recientemente expuesto, se puede concluir que al analizar el término ἤλθον en los sinópticos, éstos nunca lo asocian con Jesús y sus discípulos, sino con Jesús y los pecadores. Tal afirmación no quiere decir que sólo éstos sean destinatarios de la venida de Jesús, sino que, textualmente: en los sinópticos nunca se dice que Jesús haya tenido como objeto o misión venir a llamar o a buscar discípulos. Tal privilegio lo tienen sólo los pecadores⁶.

En segundo lugar, en los sinópticos *la fe no se verifica explícitamente en los discípulos*. El término *fe* se puede entender de varias maneras. La fe es confianza y seguridad en el poder de Jesús y en su capacidad taumatúrgica, la que se ejerce en beneficio de alguien⁷. Es entregarse al poder de Jesús con confianza total y sin condiciones⁸. Es la determinación que supera cualquier obstáculo para alcanzar a Jesús⁹. Es la confianza que Dios actuará por Jesús¹⁰. Es la ingenua confianza en el poder del que hace el milagro con toda

⁵ Cfr. U. LUZ: *El evangelio según San Mateo, II*, Salamanca 2006, 74.

⁶ R. PESCH: *Il vangelo di Marco*, I, Brescia 1980, 276, aclara, a su vez, que los justos (en Mc 2,17) no están excluidos, pero la urgencia del mensajero está dirigida sobretudo a los pecadores.

⁷ Cfr. R. A. GUELICH: *Mark 1-8:26*, World Biblical Commentary 34A, Dallas 1989, 85; C. D. MARSHALL: *Faith as a Theme in Mark's Narrative*, MSSNTS 64, Cambridge – New York – New Rochelle – Melbourne – Sydney 1989, 228; C. S. RODD, *The Gospel of Mark*, Epworth Commentaries, Peterborough 2005, 22; N. F. SANTOS, *Slave of All. The Paradox of Authority and Servanthood in the Gospel of Mark*, JSNT.S 237, Sheffield - London 2003, 86. Similar actitud se ve en la mujer hemorroísa de Mc 5,33. Es el reconocimiento de Jesús como salvador, manifestado en que ella «vino y se postró delante de él y le dijo toda la verdad», lo que está a la base de la declaración: «Hija, tu fe te ha sanado; vete en paz y queda sana de tu aflicción» (5,34). Similar es la actitud del ciego de Jericó (10,52).

⁸ Cfr. J. GNILKA: *Marco*, Commenti e studi biblici, Assisi 1987, 123; D. RHOADS: *Reading Mark, Engaging the Gospel*, Minneapolis 2004, 66.

⁹ Cfr. J. R. EDWARDS: *The Gospel according to Mark*, The Pillar New Testament Commentary, Grand Rapids 2002, 76; H. SCHÜRMMANN: *Il vangelo di Luca. I. Testo greco e traduzione. Commento ai capp. 1,1-9,50*, CTNT 3/1, Brescia 1983, 477; J. F. WILLIAMS: *Other Followers*, 100.

¹⁰ Cfr. D. RHOADS – J. DEWEY – D. MICHIE: *Mark as Story. An Introduction to the Narrative of a Gospel*, Minneapolis 1999², 130-131.

la ambigüedad inherente en tal actitud¹¹. Todas las anteriores expresiones muestran que la fe es un preámbulo y una condición para el milagro¹².

Tomando en consideración el término fe, hay varios personajes en Mt que son reconocidos por manifestarla en relación a Jesús, no siendo ninguno de ellos discípulo. Efectivamente, la fe se le asocia a *un centurión* (que ciertamente no formaba parte del grupo de los discípulos), de quien Jesús hace el comentario: «En verdad les digo que en Israel no he hallado en nadie una fe tan grande» (Mt 8,10; Lc 7,10). En el mismo sentido, Mt describe «la fe de ellos», refiriéndose al *paralítico y a quienes le llevaban* (Mt 9,2; Mc 2,5; Lc 5,20). La misma confianza tiene una *mujer enferma de hemorragia*, y por eso impura, a quien Jesús le dice: «Hija, ten ánimo, tu fe te ha sanado» (Mt 9,22; Mc 5,34; Lc 8,48). En el mismo sentido, una *mujer pecadora*, a quien Jesús le dice: «Tu fe te ha salvado. Vete en paz» (Lc 7,50)¹³; análogamente, *al leproso sanado* que vuelve a agradecerle, Jesús le dice: «levántate y vete, tu fe te ha salvado» (Lc 17,10). Siempre relacionando la fe con la salvación, Jesús le dice *al ciego de Jericó*: «Recobra tu vista. Tu fe te ha salvado» (Lc 18,42; cfr. Mc 10,52). Similares palabras son dirigidas a *dos ciegos*: «Hágase en ustedes según vuestra fe» (Mt 9,29) y a la *mujer cananea*: «grande es tu fe; que te suceda como deseas» (Mt 15,28). En cambio, *Pedro* ha dudado al caminar sobre las aguas: «Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?» (Mt 14,31). Igualmente duras son las palabras que Jesús dirige a los *discípulos*, al explicarles por qué no habían podido curar a un endemoniado epiléptico: «Por vuestra poca fe; porque en verdad les digo que si tienen fe como un grano de mostaza, dirán a este monte: «Pásate de aquí allá», y se pasará; y nada les será imposible» (Mt 17,20). La última relación entre la fe y los *discípulos* en Mateo son las palabras, casi de exhortación, que les dirige Jesús junto al higuera estéril: «En verdad les digo

¹¹ Cfr. H. J. KLAUCK: «Die Frage der Sündenvergebung in der Perikope von der Heilung des Gelähmten (Mk 2,1-12 parr)», BZ 25 (1981) 223-248, 235.

¹² Cfr. R. T. FRANCE: *The Gospel of Mark. A Commentary on the Greek Text*, The New International Greek Testament Commentary, Grand Rapids – Cambridge 2002, 124; S. W. HENDERSON: *Christology and Discipleship in the Gospel of Mark*, SNTSMS 135, Cambridge 2006, 143. La fe no es un dato gnoseológico o doctrinal, ni tan siquiera un mero reconocimiento en el poder de Jesús. El elemento constitutivo de la fe es la disposición y el deseo que su poder salvador actúe en quien posee la fe. De hecho, los demonios, que reconocen a Jesús como Hijo de Dios, no tienen fe en él porque no anhelan que él actúe en ellos.

¹³ Es interesante lo que expresa J. A. FITZMYER: *El evangelio según Lucas, II*, Madrid 1987, 705, respecto a cómo entender esa fe de la pecadora: «como confianza en un Dios que, por muy pecaminoso que sea o haya sido el pasado, no duda en restablecer generosamente una relación de amistad, aunque haya quedado rota o deteriorada».

que si tienen fe y no dudan, no sólo harán lo de la higuera, sino que aun si dicen a este monte: «Quítate y échate al mar», así sucederá» (Mt 21,21)¹⁴.

Particularmente importante es el texto de Lc 22,32 en el contexto de la negación de *Pedro*: «pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Pero tú, cuando te arrepientas afianza a tus hermanos». Con esto, Jesús anticipa que la fe de Pedro será sometida a prueba; será la oración de Jesús en favor de Pedro la que no hará fracasar del todo la fe de éste. Pero lo que importa destacar en este momento es lo que sigue: «cuando te arrepientas afianza a tus hermanos». El participio aoristo ἐπιστρέψας, modifica el imperativo «afianza a tus hermanos»; tal como lo señala J. A. Fitzmyer, el sentido sería: «cuando Simón se haya arrepentido de su negación de Jesús; o cuando haya vuelto de su (período de) infidelidad»¹⁵. Esto es determinante para la misión de pastor que Pedro asumirá una vez que haya declarado abiertamente su amor por Jesús¹⁶. Se insinúa claramente una nueva condición de Pedro sobre sus hermanos, una vez que éste se arrepienta y asuma su debilidad frente a Jesús. Será ésta una de las notas características del «discipulado post-pascual».

Por otro lado, tanto en Mt como en Lc se emplea el término ὀλιγόπιστος¹⁷ (poca fe), que asume funciones de adjetivo y sustantivo; siempre los sujetos asociados son los discípulos. Efectivamente, ὀλιγόπιστοι aparece 5x en los sinópticos¹⁸; en todas las ocasiones se refiere directamente a los discípulos o a Pedro en particular. Cabe hacer notar que en Mc 4,40, paralelo de Mt 8,26, se cambia la expresión ὀλιγόπιστοι por la pregunta-constatación οὐπω ἔχετε πίστιν; (¿aún no tienen fe?). A su vez en el paralelo de Lc 8,25, a los discípulos se les formula la pregunta «¿dónde está vuestra fe?». De este modo, lo que Mt 8,26 llama «poca fe», en los paralelos de Mc y Lc se constatan como ausencia de ella. Como conclusión a lo recientemente mostrado, se puede afirmar que a nadie en los sinópticos, sino a los discípulos, se les asocia con ser personas de poca fe¹⁹.

¹⁴ Más breve y elocuente es la expresión imperativa de Mc 11,22: «tengan fe en Dios». Con esta formulación, tal como sostiene S. LÉGASSE: *Marco*, Roma 2000, 587, Jesús exhorta a sus discípulos a tener fe en Dios y en su potencia.

¹⁵ Cfr. J. A. FITZMYER: *El evangelio según Lucas, IV*, Madrid 2006, 373.

¹⁶ La triple declaración de amor (Jn 21,15-17) restaura lo perdido con la negación (Jn 18, 25-27).

¹⁷ Lo que se caracteriza con este término, según G. BARTH: «ὀλιγοπιστία», *DENT, II*, Salamanca 2002, 519, no es el rechazo fundamental de la fe, sino la falta de confianza, la deficiente firmeza en la fe.

¹⁸ Mt 6,30; 8,26; 14,31; 16,8; Lc 12,28.

¹⁹ No estamos de acuerdo con la diferencia que hace G. BARTH: «ὀλιγοπιστία», *DENT, II*, Salamanca 2002, 519, en el sentido de aplicar la «poca fe» a los discípulos y la «incredencia» o «no fe» (ἄπιστος) a la gente. Él, basado en la crítica que Jesús

Es importante, no perder de vista que la fe en los evangelios sinópticos es una de las condiciones exigidas por Jesús para realizar su labor taumatúrgica (cfr. Mt 13,58); con ella se expresa la aceptación a Aquél que puede curar las enfermedades y expulsar demonios. En este sentido, lo notable de la falta de fe en los discípulos, es que en ellos no se evidencia la disposición positiva para acoger el poder taumatúrgico de Jesús. Además, cada vez que Jesús reconoce la fe en otros personajes, lo hace antes de la intervención en beneficio de quien la tiene; en cambio, cada vez que Jesús constata la falta de fe en sus discípulos, lo hace una vez que el signo extraordinario ya se ha producido. En este último caso, ni siquiera el signo milagroso logra 'producir' la fe en los discípulos.

Otro aspecto que sorprende es que los discípulos *no se destacan por manifestar públicamente, a diferencia de endemoniados y otros personajes, algún rasgo divino de Jesús*. Siguiendo el evangelio de Mc, nos encontramos que el primero que lo reconoce como «Santo de Dios» es un espíritu inmundo (1,24; Lc 4,34)²⁰; aún más, el mismo evangelista comenta que «los espíritus inmundos, siempre que lo veían, caían delante de él y le gritaban: Tú eres el Hijo de Dios» (3,11; cfr. Lc 4,41)²¹. También *un hombre con espíritu inmundo* reconoce a Jesús como «Hijo del Dios Altísimo» (5,7; Lc 8,28). La única vez que los *discípulos* reconocen a Jesús como Hijo de Dios es cuando, habiendo caminado por el mar, sube a la barca con Pedro (Mt 14,33)²². En este caso, se trata de una confesión narrada por el evangelista en el restringido ámbito de la barca en la cual se encontraban los discípulos solos con Jesús. Tal declaración, poco tiene que ver con la relevante confesión pública del *centurión* que estaba frente a la cruz de Jesús, quién declarará: «En verdad este hombre era Hijo de Dios» (15,39; cfr. Mt 27,54).

manifiesta a «esta generación», no integra dentro de ésta a los discípulos; de este modo, para él sería casi una alabanza que los discípulos tuvieran 'poca fe' en comparación con «la no fe» de la gente. Pero, no es cierto que no deba integrarse los discípulos en la expresión «esta generación». Efectivamente, tal como lo demuestra J. A. FITZMYER: *El evangelio según Lucas, III*, Madrid 1987, 154, aludiendo al texto paralelo de Lc 9,41, todo parece indicar que «la referencia se extiende a ambas categorías, es decir, a los discípulos y al resto de la gente». En este sentido, pax con el poco convincente argumento de U. LUZ: *El evangelio según San Mateo, II*, Salamanca 2006, 681.

²⁰ Al contrario de estos versículos, en Jn 6,69, Pedro utilizará la misma expresión que el demonio usa en Mc, para declarar lo que los discípulos han creído y conocido de Jesús: «tú eres el Santo de Dios».

²¹ Tanto en Mt 4,3.6 como en Lc 4,3.9, Jesús es aludido como Hijo de Dios por el demonio en el contexto de las tentaciones.

²² Llama la atención que el texto paralelo de Mc 6,51 nada diga de esta declaración; se piensa que si esta expresión fuese determinante como confesión de identidad de Jesús, este evangelista lo habría también señalado.

En Mt 9,27 *dos ciegos* se dirigen a Jesús como Hijo de David. La misma *gente* atónita se pregunta: «¿no será éste el Hijo de David?» (Mt 12,23). Directamente lo reconoce como tal una *mujer cananea* (Mt 15,22). Saliendo de Jericó, otros *dos ciegos* le dicen «¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!» (Mt 20,30-31; cfr. Mc 10,47-48; Lc 18,38-39). Cuando Jesús entra en Jerusalén, la *gente* que lo acompaña, gritaba: «¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor; Bendito el reino de nuestro padre David que viene; ¡Hosanna en las alturas!» (11,9-10).

Diverso es el caso del título Cristo; *sólo Pedro*, en todos los sinópticos confiesa a Jesús como Cristo. Lo hace para responder a una pregunta de Jesús; allí él le dice a Jesús, abiertamente ante los otros discípulos: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16; Mc 8,29; Lc 9,20)²³.

Respecto al término Señor, si bien es cierto que la única persona que lo usa en el evangelio de Marcos es una *mujer pagana* (7,28; Mt 15,22.25.27), cuando se analizan los evangelios de Mateo y Lucas, los personajes son más amplios. Entre quienes usan Señor para referirse a Jesús están los *discípulos* (Mt 8,25)²⁴, en varias ocasiones el apóstol Pedro (14,28.30; 16,22; 17,4; 18,21), *uno por uno los Doce* en la última cena (Mt 26,22). También se dirigen a Jesús como Señor un *leproso* (Mt 8,2), un *centurión* (Mt 8,6.8), «*otro de los discípulos*»²⁵ (Mt 8,21), *dos ciegos* (Mt 9,28; 20,30.31.33), el *papá del endemoniado epiléptico* (Mt 17,15).

Tal como se puede apreciar, no hay un protagonismo de los discípulos en cuanto a confesar la identidad divina de Jesús. Fuera de la denominación Señor²⁶, otras expresiones de identidad divina de Jesús no son manifestadas públicamente por los discípulos; aún más, sorprende que otros, tales como *endemoniados y personajes no pertenecientes al círculo más íntimo de Jesús*, usen

²³ Inmediatamente después de esta confesión de identidad, Pedro será reprendido duramente por Jesús por no comprender el plan de Dios; de hecho, Jesús le dirigirá duras palabras: «¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres piedra de tropiezo; porque no estás pensando en las cosas de Dios, sino en las de los hombres» (Mt 16,23; cfr. Mc 8,33).

²⁴ En el paralelo de Mc 3,38 no alude a Señor, sino Maestro; análogamente Lc 8,24. De esto puede concluirse que el evento narrado no persigue destacar la calidad de Señor de Jesús, sino de asignarle un título distintivo, pero no exclusivo de *Señor*.

²⁵ Éste, ciertamente, no formaba parte del círculo de los Doce. Esta denominación de discípulo alude a un sentido más amplio del término en Mt; al respecto, ver nota 1.

²⁶ J. A. FITZMYER: “κύριος”, *DENT I*, Salamanca 2005, 2440-2441, observa que en los textos evangélicos es a menudo problemático saber cuál es el significado concreto de Señor. Éste puede tener un sentido de cortesía, como *señor* (en inglés, *sir*) o ser un título de majestad para dirigirse a Cristo (en inglés, *Lord*).

expresiones como Hijo de Dios, Dios Altísimo, Hijo de David para dirigirse públicamente a Jesús.

Los discípulos *no son modelos de escucha* a Jesús. En efecto, considerando las presencias del verbo «escuchar» (ἀκούω) en los sinópticos, y siguiendo el orden de Mc, se constata que muchas veces *la gente* escucha a Jesús (Mc 3,8; 6,2²⁷; 6,55; 12,37); en este último caso, se llega a decir: «Y la *gran multitud* le escuchaba con gusto» (Mc 12,37). Dos *mujeres*, sólo al oír hablar de Jesús, van a su encuentro (Mc 5,27; 7,25). En Lc 10,39 se ve a *María*, hermana de Lázaro, con la disposición típica de lo que podríamos considerar una discípula: «sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra».

En Mt 13,16 (Lc 10,23), Jesús declara, refiriéndose a los *discípulos*, «¡dichosos vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen!». Esta es la única vez en que los discípulos son destacados por escuchar. Con tal afirmación, Jesús los distancia del pueblo que escucha las parábolas y no las entiende. Pero, rápidamente en Mt 13,18, Jesús ordena a los discípulos que escuchen la parábola, porque, advierte, no basta con escucharlo, ya que las palabras del reino deben ser comprendidas (cfr. Mt 13,19)²⁸. La única vez que se relata que los *discípulos* están escuchando a Jesús es en el episodio de la higuera (Mc 11,14); pero las palabras que escuchan no van dirigidas a ellos. En cambio, Jesús sí les dirige palabras de reprobación por no escuchar: «¡teniendo ojos no ven y teniendo oídos no oyen» (Mc 8,18). Quizás la situación que mejor refleja la actitud de escucha de los discípulos sea lo referido en Mc 16,11: «Cuando escucharon que Él estaba vivo y que ella (María Magdalena) le había visto, se negaron a creerlo».

La única vez que Jesús llama a un grupo de personas para que le oigan es a la *muchedumbre* (Mc 7,14). Es la *gente* que lo escucha en el templo con particular atención (Lc 19,48); aún más, el mismo Lucas comenta el interés de la gente de escuchar a Jesús mientras enseñaba allí: «todo el pueblo madrugaba para ir hacia él y escucharle²⁹ en el templo» (Lc 21,38).

²⁷ En este versículo, se agrega el asombro de muchos que estaban en la sinagoga que se preguntan por el origen de Jesús: «¿Dónde obtuvo éste tales cosas, y cuál es esta sabiduría que le ha sido dada, y estos milagros que hace con sus manos?».

²⁸ Igualmente, Jesús ordena a las *autoridades del templo* en Mt 21,33, con el mismo imperativo aoristo ἀκούσατε, que lo escuchen.

²⁹ Cabe hacer notar el uso del infinitivo presente ἀκούειν (escuchar); con ello se destaca que el fin o propósito de la gente de ir al templo era escuchar a Jesús.

Aunque no se puede afirmar que los discípulos no hayan escuchado a Jesús –tal conclusión sería impresentable³⁰–, sí es efectivo que a éstos nunca Jesús los propone como modelos de escucha; tampoco se da el caso que algún evangelista destaque a los discípulos entre quienes escuchan *con gusto* a Jesús. Por el contrario, «en los evangelios encontramos principalmente *personas* que oyen la prédica de Jesús o *gente* que recibe noticias sobre él»³¹.

De los discípulos, *nunca se dicen que vayan por propia iniciativa hacia Jesús*³². La única vez que se les describe yendo a Jesús es en respuesta a la llamada explícita que Él les hace en Mc 3,13. En cambio, en Mc 1,32 se decía, a modo de resumen recapitulador de la actividad de Jesús, que «*todos los enfermos y endemoniados iban hacia él (πρὸς αὐτόν)*». Análogamente, un *leproso* (1,40) y *muchos* que «iban a Él de todas partes» (1,45). Hacia Jesús van los que llevan al *paralítico* (2,3) y muchas veces lo hace la *multitud* (2,13; 3,8; 4,1; 10,1). Un puesto importante en el «ir hacia Él», lo ocupan las *dos mujeres* en 5,27 y 7,25. Por otro lado, tanto *fariseos* (7,1), *principales sacerdotes, escribas y ancianos* (11,27), como *fariseos, herodianos* (12,13) y *saduceos* (12,18) van hacia Jesús; mas éstos lo hacen con una predisposición negativa.

En Lc 4,42, la forma ἄλθου se usa para destacar el movimiento de la *muchedumbre* que va en busca de Jesús. Al compararlo con el paralelo de Mc 1,36, se destaca que éste último atribuye a «Pedro y acompañantes», lo que Lucas asocia a las «multitudes»; pero más importante aún, es que en Lc 4,42 se agrega que la *multitud* «lo detenían para que no se apartara de ellos». Siempre en Lc, la iniciativa de la *gente* de ir hacia Jesús, se manifiesta claramente en Lc 6,17-18; aquí se ve a Jesús que baja con los Doce recién constituidos como grupo (Lc 6,12-16) y se encuentra con una gran número de discípulos

³⁰ La misión de los Doce en Mt 10 y de los 72 en Lc no se entiende, sino a la luz de la acogida de las palabras de Jesús respecto a la labor evangelizadora de los discípulos. Jesús no podría haber afirmado «El que a ustedes escucha, a mí me escucha, y el que a ustedes rechaza, a mí me rechaza; y el que a mí me rechaza, rechaza al que me envió» (Lc 10,16) si los apóstoles hubiesen rechazado las palabras de Jesús.

³¹ Cfr. G. SCHEIDER: «ἀκούω», *DENT*, I, 157.

³² Según K. H. REGENSTORF: «μαθητής», *Grande Lessico del Nuovo Testamento* (en adelante, *GLNT*), VI, 1195, el discípulo de Jesús, a diferencia del modelo rabínico, nunca toma la iniciativa de ir hacia él; al contrario, es Jesús quien llama. Esta constatación refuerza la idea que los discípulos nunca se desplazan o toman la iniciativa de ir hacia Jesús, tal como lo hacen otros personajes. Para el objetivo del presente artículo, esta diferencia es importante. Aunque bíblicamente no se puede sostener que los discípulos tomen la iniciativa de ir a Jesús, tampoco se dice que ellos hayan incurrido en una grave falta. Mas, al mismo tiempo, no es una actitud a imitar. De hecho, son otros y otras las que tomarán la iniciativa de ir a Jesús, en quien encontrarán acogida, consuelo y curación.

(que, por supuesto, no eran los Doce anteriormente nombrados) y una gran muchedumbre del pueblo de «toda Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón»³³, que habían venido para escucharle y para ser sanados de sus enfermedades. La iniciativa es clara y manifiesta: llegar hasta Jesús para escucharle y ser curados. Ambos aspectos, son dimensiones importantes del ministerio de Jesús. La expresión anterior puede considerarse la inclusión de judíos y paganos que van hacia Jesús para escuchar su palabra. Por el contrario, tal afirmación destaca el hecho que nunca se dice que la iniciativa de ir hacia Jesús la hayan tenido los discípulos.

2. El abatimiento de los discípulos entre la muerte y la resurrección

Este aspecto se percibe en cuanto nunca expresan los discípulos una conciencia de ser herederos, en esas horas de desconcierto y desolación, de alguna enseñanza o misión especial de Jesús³⁴. En efecto, Mc 16,10 dice que ellos estaban tristes y llorosos; incluso, algunos de ellos, dudan cuando le ven en Galilea (Mt 28,17). Por su parte Lc 24,12 deja constancia que Pedro, viendo los lienzos en el Sepulcro, vuelve a la casa sin asumir ningún tipo de iniciativa. Según Jn 20,19, lo que ellos reflejan es un temor que los hace esconderse en una pieza sin saber qué hacer. Incluso, alguno (Pedro) decide volver a su antiguo trabajo: ser pescador³⁵. Claramente, este comportamiento pone una lápida a cualquier misión anterior a la resurrección que el mismo Pedro haya sentido que tuviera que llevar a cabo ante la desaparición de Jesús. Volver a pescar, es volver a comenzar su vida sin Jesús y sin nada relacionado con él. Lejos de considerar que esta descripción de la actitud de

³³ Tal como afirma J. A. FITZMYER: *El evangelio según Lucas, II*, Madrid 1987, 587, decir que la gente iba a Jesús de «toda Judea» destaca que ella acude en masa desde diversos puntos del país judío para escuchar su palabra. Del mismo modo, la expresión «región costera de Tiro y Sidón» alude a la multitud de paganos que acuden a escuchar la palabra de Jesús.

³⁴ Este aspecto de desolación y desconcierto en los discípulos, respecto a Jesús y sus enseñanzas, es destacado por K. H. REGENSTORF: «μαθητής», *GLNT VI*, 1199-1200. Él agrega que este matiz es, también, importante para una recta idea de «discípulo».

³⁵ Al respecto, ver R. E. BROWN: *El Evangelio según Juan XIII-XXI*, Madrid 2000, 1515.

Pedro difícilmente entra en una sucesión plausible de los eventos después de la muerte de Jesús³⁶, creo que puede responder a la reacción natural de uno que abandonó a Jesús y lo negó tres veces. La desazón, el miedo y el vacío experimentado ante la muerte de Jesús, perfectamente pudo producir tal sensación de fracaso, que Pedro hubiese decidido volver a su trabajo primitivo de pescador.

3. Una consecuencia teológica-pastoral

Las anteriores notas –la fe, el reconocimiento de la identidad de Jesús, la disposición de escucha y la iniciativa de ir hacia Él–, nunca se nos son propuestas como encarnadas por los discípulos. Estas características que, podríamos decir, son esperables en cualquier discípulo, los evangelistas no las asocian explícitamente al grupo de los más cercanos a Jesús. Aún así, no se debe concluir que no hayan tenido nada de fe, que nunca hayan escuchado a Jesús o que hayan sido «marionetas» que, sin iniciativa personal, hayan sido compañeros inconscientes de Jesús durante su vida terrena. Pero esto último no anula para nada la primera constatación bíblica: ellos nunca nos son propuestos como modelos a imitar en las notas antes señaladas. En cambio, sí hay palabras explícitas de Jesús y comentarios de los evangelistas alabando la *fe* en personas que no pertenecían al círculo más estrecho de Jesús o destacando, por ejemplo, a la gente que escuchaba con gusto a Jesús. Es una constatación inobjetable, aunque sé que un poco fastidiosa en relación a cómo hemos recibido el rol de los discípulos durante la vida de Jesús.

Las observaciones anteriores nos ponen en alerta frente a qué entendemos cuando decimos «discípulos y misioneros de Jesucristo». Si Jesús vino por los pecadores y excluidos de la sociedad y si éstos le demostraron fe, deseo de escucha y de encuentro, parece ser que tales comportamientos son imitables y se transforman en «modelo de acción». En este sentido, yo no pondría entre las sombras, como lo hace el Documento de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, el ser «una comunidad de pobres pecadores mendicantes de la misericordia de Dios»³⁷... ¡Ojalá lo seamos! Sí, Dios nos dé el don inmenso de reconocernos, pecadores realmente necesitados de acoger a Jesús. Si esta es nuestra actitud, podemos también

³⁶ Tal como lo sostiene R. SCHNACKENBURG: *Il vangelo di Giovanni, III*, Brescia 1981, 584.

³⁷ Cfr. DA 100, h.

nosotros decir: «¡Bienaventurados los pecadores que se reconocen como tales, porque por ellos vino Jesús y por ellos se entrega en la cruz!».

4. Una nueva llamada: el discipulado post-pascual

Tradicionalmente hablando, los discípulos se nos han presentado como los únicos modelos a imitar; pero, hemos ya demostrado de qué modo otros personajes, fuera de los discípulos, sí encarnan características habitual y exclusivamente ligadas a ellos. Aún así, sigue siendo determinante para la primera comunidad cristiana, y también para nosotros, el hecho que ellos son los primeros llamados (Mc 1,16-20), los escogidos (Mc 3,13) y los que recibieron la misión de anunciar el evangelio. Es con los Doce, incluido Judas, con quienes Jesús celebra la Eucaristía y a ellos les manda que hagan «esto en recuerdo mío» (Lc 22,19; 1Cor 11,24-25). Ellos fueron sujetos directos de las enseñanzas de Jesús, testigos privilegiados de sus milagros y continuadores creíbles del Reino de Dios (Mt 10,1-15) en la misión que Jesús les vuelve a confiar en Galilea después de la resurrección (Mt 28,16-20). Pero, basado en los datos entregados recientemente, no se les puede considerar como los perfectos seguidores de Jesús durante toda su vida terrena, incluyendo su muerte en cruz (a diferencia, por ejemplo, de las mujeres que estaban junto a la cruz; éstas, nos dicen los evangelistas, nunca lo dejaron ya que lo siguieron sirviéndole desde Galilea: Mt 27,55-56; Mc 15, 40-41. También Lc 23,49 y Jn 19,25).

Entre la llamada de Jesús en Galilea antes de la resurrección (Mc 1,16-20; Mt 4,18-22; Lc 5,1-11) y la que les hará después de la resurrección hay una situación que no debe ser minimizada: es el *abandono de todos* en los momentos de mayor debilidad de Jesús en el Getsemaní. En Mc 14,50 encontramos la siguiente frase: «Y habiéndole abandonado, *huyeron todos*» (Καὶ ἀφέντες αὐτὸν ἔφυγον πάντες). En Mt 26,56 se es más explícito aún: «Entonces *todos los discípulos* le abandonaron y huyeron». La formulación griega es muy, pero muy dura y concisa. Casi como una fría constatación³⁸, a partir de la cual nada será igual. Literariamente, el «peso» de la oración recae en la acción completamente realizada del abandono que «todos» realizan. Incluso, esta expresión podría asumir el valor de un «aoristo completivo», es decir, una acción que se ha llevado adelante completamente. Si es así, se podría

³⁸ Cfr. U. LUZ: *El evangelio según San Mateo, IV*, Salamanca 2005, 240.

traducir «y la abandonaron completamente todos»³⁹. Esta reacción queda aún más de manifiesto al contrastarla con la inicial disposición de Pedro que «enfáticamente proclamaba: aunque tenga que morir contigo, no te negaré. Y *todos* decían también lo mismo» (Mc 14,31; Mt 26,35; cfr. Lc 22,33-34 y Jn 13, 37-38). Los apóstoles, que habían «dejado todo» por seguirlo en Galilea, «abandonan todo» en el Getsemaní: fidelidad, promesa y seguimiento.

Ante semejante reacción, tal vez por miedo⁴⁰, es evidente que el aprendizaje de los discípulos durante el ministerio terrestre de Jesús ha terminado en un fracaso; ellos no han aprendido la lección de Mc 8,34: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame». Ellos no han permanecido en la presuntuosa promesa de no negar a Jesús y han huido; ellos no han soportado la persecución para quedarse junto a Jesús. Esta situación pone, de algún modo, un límite entre la intención de seguir a Jesús y la acción de abandonarlo; entre la confianza en sí mismos de permanecer junto a él y la constatación de fragilidad; entre la disposición inicial para asumir el conflicto y la decisión final de no enfrentarlo. Creo que no se puede seguir hablando del mismo «discipulado» de los discípulos una vez que éstos han huido y han abandonado a Jesús. Ciertamente serán las mismas personas, pero sus discipulados se manifestarán con actitudes internas muy diversas. Podemos decir entonces, que a partir de la resurrección de Jesús y la conciencia del abandono de los discípulos nacerá, a la luz del encuentro de Jesús con ellos en Galilea, una nueva disposición y un nuevo discipulado.

La fuerza del nuevo discipulado, que lo podríamos llamar «discipulado post-pascual», no es la fidelidad de ellos con respecto a Jesús, sino la fidelidad de Éste respecto a aquellos. Lo maravilloso de la nueva relación que se establece, después del abandono de ellos a la luz de la resurrección de Éste, es que Jesús les vuelve a encontrar y, una vez más, les confía su

³⁹ Tal como comenta R. E. BROWN: *La morte del Messia. Dal Getsemani al sepolcro. Un commentario ai Racconti della passione nei quattro vangeli*, Brescia 2007³, 336, se puede hablar de una inclusión entre la llamada de los primeros discípulos, al inicio del ministerio de Jesús, y estas últimas acciones de todos los discípulos al final de su ministerio. Efectivamente, en Mc 1,18 se dice que, una vez que fueron llamados por Jesús, Simón Pedro y Andrés *abandonan* sus redes; luego en Mc 1,20 Santiago y Juan *abandonan* a su padre. En 14,50 se dice que todos *abandonaron* a Jesús.

⁴⁰ Así piensa R. H. GUNDRY: *Mark, A Commentary on His Apology for the Cross, II*, Grand Rapids 2004, 881. Por su parte, S. LÉGASSE: *Marco*, Roma 2000, 770, agrega que los discípulos lo abandonan porque han perdido la fe en Jesús a causa del temor. En realidad, a partir de los tres anuncios de la pasión (Mc 8,31; 9,31; 10,33; y par.), y ante los eventos en el Getsemaní, habría que preguntarse si realmente los discípulos comprendieron bien el alcance de las palabras de Jesús.

misión evangelizadora. Jesús no cuenta con fieles y poderosos «superhombres» capaces de dar la vida por él, sino con humildes hombres que han experimentado el miedo, la fragilidad y la traición. Los nuevos discípulos no son los «magníficos» que prometieron nunca negar a Jesús, sino los que encarnan un «Magnificat», en el cual cada uno puede cantar: «ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclavo» (cfr. Lc 1,48).

Por lo tanto, el ministerio de estos discípulos se fundamenta, no en su radical fidelidad a Jesús, sino en la total fidelidad *de* Jesús. Éste es quien habiendo sido dejado de lado, vuelve a reafirmarlos en su discipulado en la misma Galilea donde los llamó antes de la resurrección. La nueva llamada, que en Mc y Mt se realiza explícitamente en Galilea, amplía los horizontes de los destinatarios, atenúa las faltas de los enviados y compromete la presencia de Jesús «hasta el fin del mundo» (Mt 28,20; Mc 16,20).

5. Una aplicación personal y pastoral

Nuestro discipulado es un discipulado post-pascual y, por lo tanto, debe integrar el rechazo a Jesús; no es un discipulado «impecable», ni menos coherente: ha experimentado el abandono a Jesús y se basa en la opción de Jesús por nosotros. El discipulado de los apóstoles después de la resurrección tiene el sello del abandono del hombre y del perdón de Jesús. Jesús vuelve a llamar en Galilea (Mc 14,28; 16,7) a los que lo abandonaron en Jerusalén (Mc 14,50). Jesús vuelve a dirigirse a Pedro que lo negó tres veces (Jn 21, 15-17); Jesús vuelve a Galilea para renovar (hacer nuevo) el discipulado. Más que nunca, las sombras de nuestro abandono cotidiano a Jesús, a la luz de la misericordia de Dios, pueden despertar en nosotros un servicio más humilde, más radical y más cercano.

Con las palabras de Jesús a sus discípulos, se reestablece un discipulado, ya no con poderes propios en los discípulos, sino un discipulado basado en la fidelidad y permanente presencia de Jesús con ellos. Quedan aún latentes en la vida de la Iglesia las últimas dos palabras que dice Jesús en el evangelio de Juan: «Tú, sígueme» (Jn 21,22)⁴¹. Lógicamente, se resalta el hecho que es

⁴¹ Todas las veces que Jn usa el verbo 'seguir' (ἀκολουθέω) acompañado de la expresión pronominal «a mí», ésta va después del verbo. Así encontramos, al menos tres veces en el evangelio de San Juan, la expresión «sígueme a mí» (1,43; 10,27; 21,19). La única vez que se acentúa a quién debe seguirse es en Jn 21,22; literalmente, hay que traducir: «tú, a mí sígueme». Nótese el cambio de formulación con el cercano versículo de 21,19 («sígueme a mí»).

a Jesús a quién se debe seguir, y no el mero hecho de seguir a alguien. Este aspecto bíblico urge la dimensión espiritual: las últimas palabras de Jesús dejan el seguimiento de Pedro unido íntimamente a la persona de Jesús. Es esta unión la fuente del nuevo discipulado; sin ella, toda acción arriesga convertirse en activismo y toda evangelización en propaganda.

6. Algunas diferencias teológicas-pastorales importantes entre el discipulado antes y después de la resurrección

a) En la redacción de Mt (28,16-20), Mc (16,15) y Lc (24,47), la misión confiada a los discípulos después de la resurrección tiene un mayor alcance de evangelización: debe llegar a «todas las naciones». Antes de la resurrección, en el evangelio de Mt, por ejemplo, la misión estaba dirigida a «las ovejas perdidas de Israel» (10,6; cfr. Lc 10,1). La ampliación de la misión tiene que ver con el poder recibido por Cristo para enviar a sus discípulos al mundo entero y, presumiblemente, con la disponibilidad que nace de la conciencia de la fragilidad personal. Porque el discípulo puso su limitación en la misericordia de Dios, es que su misión se hace ilimitada; el nuevo discípulo no es sólo el que tiene poder de sanar y curar (Mt 10,1; Mc 16,17-18), sino el que tiene conciencia de poder traicionar y abandonar⁴².

b) Por primera vez Jesús manda a los once discípulos a «hacer discípulos» (μαθητεύσατε); ellos, que han conocido la fidelidad de Jesús (y no la de ellos con respecto a él) están «capacitados» para hacer discípulos. Ellos son «capaces» de hacer discípulos porque son «discípulos incapaces». Ahora el discipulado tiene el sello de la fragilidad del hombre y de la misericordia de Dios. En este discipulado «post-pascual», todo lo que se es y se hace adquiere el matiz de don de Dios, que no se relaciona con el mérito del hombre. El discipulado post-pascual es «hacer discípulos» que se relacionen con las enseñanzas de Jesús y lo que Él mandó; no hay espacios para un proyecto que ensalce el prestigio personal, sino el servicio eclesial.

c) En la llamada antes de la resurrección, Jesús instituye los Doce como un grupo compacto y reconocido, para que estuvieran con él y los enviara a predicar (Mc 3,14). En la versión de Mateo, les dio poder para expulsar

⁴² La que no tuvo, ni Pedro ni todos los discípulos cuando aseguran a Jesús que no lo negarían nunca (cfr. Mc 14,31; Mt 26,35).

demonios y curar toda enfermedad (Mt 10,1; Lc 9,1). En el nuevo envío, el poder lo recibe Jesús en el cielo y la tierra (Mt 28,18) y en el ejercicio de tal autoridad, envía sus discípulos «a hacer discípulos». La obra evangelizadora «hasta el fin del mundo», permite manifestar la presencia de Jesús resucitado «todos los días» con los discípulos (Mt 28,20; Mc 16,20). Esta certeza anima todo el discipulado post-pascual y, a la vez, es la fuente de la cual se nutre y en la cual se sumerge en íntimo diálogo de amor con Quién le ha salvado y llamado.

d) Por primera vez los discípulos reciben la «investidura» solemne de manos de Quien ha recibido «todo poder en el cielo y la tierra»: Id, pues y hagan discípulos. ¿Qué significa «pues» (οὐν)? No sólo se relaciona con que a Jesús se le ha dado todo poder, sino también con el hecho que los «nuevos discípulos» son aquellos que han experimentado su intrínseca incapacidad para realizar tal misión por ellos mismos. Al respecto, el P. Lagrange dice en su comentario a Mateo, que la partícula «pues» alude a que la misión de los apóstoles deriva directamente del poder de Jesús y no de la persona de los discípulos⁴³.

e) Según Mc 16,11, los discípulos se negaron a creer (indicativo aoristo) a las mujeres que habían visto a Jesús⁴⁴; tampoco le creen a los dos que iban a una aldea (Mc 9,13; cfr. Lc 24, 13-35). Más adelante, en Mc 16,16 se dice, evidenciando aún más el comportamiento de los discípulos antes de constatar ellos la resurrección, que el «que no crea será condenado». Ciertamente, los discípulos antes de la resurrección no han sido, según Mc 16,11, modelos de fe frente a quienes le anuncian la resurrección de Jesús; tal actitud deberá cambiar, so riesgo de condenarse. Este cambio parece asumido en los discípulos que aceptan la misión post-pascual; de hecho, ellos serán los que proclamarán «la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16,15); a su vez, en 16,20 se constata que «ellos salieron para predicar por todas partes».

f) El discipulado pre-pascual está, fundamentalmente, asociado a un grupo restringido de discípulos que entran en relación con Jesús, aunque

⁴³ Cfr. M.-J. LAGRANGE: *Évangile selon Saint Matthieu*, Paris 1923, 544. En este sentido, M. GRILLI: "El testamento del Resucitado. Análisis de Mt 28,16-20", en C. MORA PAZ, M. GRILLI y R. DILLMANN: *Lectura pragmatológica de la Biblia. Teoría y aplicación*, Evangelio y Cultura 1, Estella 1999, 85, sostiene que «Jesús pone su Persona como centro del seguimiento y finalidad de la misión de los discípulos».

⁴⁴ Análogamente ocurre en Lc 24,11; aquí, al igual que en Mc 9,11.16, se usa el verbo ἀπιστέω: negarse a creer.

no siempre logran interiorizar sus enseñanzas ni adecuarse a sus criterios. El discipulado post-pascual tendrá como misión «hacer discípulos» que puedan «adentrarse»⁴⁵ en relación con Dios trino.

7. Algunas características del discipulado post-pascual

a) La clave del discipulado post-pascual es integrar la fragilidad humana en el gran contexto de la misericordia divina.

b) El discipulado post-pascual cree en el anuncio de otros (en Mc 16,10-11; Lc 24,10-11) que le hablan de parte de Jesús y le vuelven a invitar a «la Galilea de la vida». Esta se entiende como el ámbito de la primera llamada, en donde el encuentro íntimo con Jesús renueva la llamada a pesar de la huida.

c) El discipulado post-pascual está abierto a recomenzar siempre, a pesar de las caídas, porque la llamada de Jesús es de una vez para siempre (en Mc 1,20 el aoristo ἐκάλεσεῖν tiene valor ingresivo; es decir, expresa el inicio de una acción).

d) El discipulado post-pascual no pretende dar lecciones de santidad, sino de humildad. Es en la intimidad con Jesús en donde se fortalece su confianza de sentirse continuamente llamado por él.

e) El discipulado post-pascual está abierto al mundo, al cual le debe anunciar la Buena Nueva del Reino, haciendo de cada persona un discípulo.

f) El discipulado post-pascual puede pasar desde una incumplida «teología de la perfección cristiana» a una existencial y comprometida «teología de la imperfección cristiana». Los llamados, ahora, no son los perfectos, sino los que con humildad han aceptado el perdón de Jesús y se disponen a servirle con docilidad y amor agradecido. Es la historia de cada uno de nosotros, una vez que surgimos de las aguas purificadoras de la misericordia divina.

⁴⁵ Ese este el valor de la preposición εἰς en Mt 28,19: «... bautizándolas en (εἰς) el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Por su parte J. GNILKA: *Il vangelo di Matteo*, II, Brescia 1991, 742, afirma que «en el nombre» es interpretado como una fórmula de apropiación, en el sentido que el bautizado pertenece ahora a Dios trino».

g) El discipulado post-pascual evangeliza consciente del «contrapunto existencial»: hombres débiles que consuelan con el consuelo de Dios y la aflicción de los hombres (cfr. 2Cor 1,3-5).

h) El discípulo post-pascual es un hombre de esperanza y de oración; en ellas se basa para su vivencia práctica de la caridad. La unión amorosa con Cristo se torna fundamental. Se renueva, por ello, la necesidad de orar y encontrarse con Dios en un íntimo diálogo amoroso «con Quien sabemos que nos ama»⁴⁶.

Conclusiones

Habiendo revisado cinco actitudes, generalmente, asociadas exclusivamente a los discípulos de Jesús, se descubrió que ello no era ratificado por los textos bíblicos. Sin que se afirmase que los discípulos nada tenían que ver con esas notas, se señaló enfáticamente que tampoco eran modelos a imitar en relación a ellas. Otros personajes secundarios aparecieron explícitamente como modelos de fe, de escucha y seguimiento. Luego se hizo ver un episodio clave para entender una actitud de discipulado, más en relación a los eventos post-pascuales que pre-pascuales: el abandono de todos los discípulos a Jesús en el Getsemaní. Tal evento, a la luz de la resurrección de Jesús, permite reflexionar sobre la fragilidad del discipulado pre-pascual, el cual puede estar asociado al poder (Mt 10,1), a la exclusividad de tener a Jesús para sí (Mt 19,13; Lc 9,54), a la seguridad personal (Mc 14,31), a una misión restringida (Mt 10,1), a una evangelización portadora de falsa paz (Mt 10,34-36).

Como contraparte, nace un discipulado post-pascual, que reconoce su relación íntima con Jesús a partir de la nueva llamada que Él hace. Buscando llevar al mundo el poder de Jesús, porque ninguna otra autoridad cuenta ya nada al lado de la suya⁴⁷, el discípulo basa su acción en la permanente presencia de Jesús con él. Es uno que anuncia Su poder salvador consciente que una vez Lo abandonó; pero no quedó atrapado en su fragilidad, sino que es atraído por la nueva llamada de Jesús en la Galilea del primer amor. En un discipulado así, no hay espacios para proyectos personales, ni temores paralizantes, ni actitudes agresivas u orgullosas.

⁴⁶ Cfr. SANTA TERESA, Vida, 8,2.

⁴⁷ Cfr. U. LUZ: *El evangelio según San Mateo, IV*, Salamanca 2005, 565.

Si tal es el discipulado de todo cristiano, se puede soñar con una Iglesia más humilde, misionera y santa. Más humilde porque reconoce las veces que ha abandonado a Jesús; más misionera porque está llamada a hacer discípulos a todas las naciones (Mt 28,20); y, más santa, porque se adentra en la íntima comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Sería bueno que fuésemos una Iglesia que se fortaleciese con la fidelidad del Padre Dios, con la presencia continua de su Hijo Jesús y con la guía maravillosa del Espíritu Santo. Pero no sólo esto, sino también que seamos conscientes que muchas veces hemos abandonado a Jesús y lo hemos dejado solo. Una Iglesia que profesa su humilde debilidad con la acogida a los más débiles sin temor y con decisión. Una Iglesia que se haga presente en el mundo, especialmente a través de hombres y mujeres caídos que son levantados por la misericordia de Dios; personas que alumbran las tinieblas del desamor y desesperanza, porque se han fortalecido con la luz del amor de Jesús; gente sencilla que no son modelos de virtud humana (creámonos de verdad que somos «indignos siervos de Dios»), sino de dependencia divina; cristianos que no buscan la gloria del hombre (vanagloria), sino la gloria de Dios.

Sumario: Introducción; 1. El ‘discipulado’ de otros personajes, fuera de los discípulos, en los sinópticos antes de la resurrección; 2. El abatimiento de los discípulos entre la muerte y la resurrección; 3. Una consecuencia teológica-pastoral; 4. Una nueva llamada: el discipulado post-pascual; 5. Una aplicación personal y pastoral; 6. Algunas diferencias teológicas-pastorales importantes entre el discipulado antes y después de la resurrección; 7. Algunas características del discipulado post-pascual; Conclusiones.